

EN LA CRISIS

¿Qué tiene que ver Dios con el alquiler y las facturas?

En un pueblecito del norte de Grecia, Nicola y Rosaria conocen a personas con deudas y en el paro. «Sin embargo, es posible ser plenamente felices»

Paolo Perego

Un hombre que se prende fuego delante del ayuntamiento. Salonico, capital de Tessaglia. Un video de hace pocos días, con un artículo que denuncia que la tasa de

suicidios ha aumentado un 40% en Grecia en el último año. ¿La causa? La crisis. Y la dignidad que poco a poco disminuye, suplantada por la desesperación de un padre que ya no consigue llevar a casa comida para

sus hijos. «Porque el hombre construye islas que no se mantienen: el trabajo, la familia, el dinero. Como si su necesidad se agotara ahí». Nicola, de 49 años, es médico en un pueblecito a cuarenta kilómetros de Larissa, en el norte de Grecia. Ortodoxo, está casado con Rosaria, italiana y católica. Tienen dos hijos, Antonio y Mario, de 13 y 12 años. «Estábamos acostumbrados a un cierto nivel de vida. Ahora muchos corren el riesgo de acabar durmiendo a la intemperie. El paro ha superado el 20%». Rosaria, en las calles del barrio, la parroquia y el colegio de sus hijos, todos los días se cruza con personas que cada vez tienen más dificultades: «Empieza a ser difícil también para nosotros, cuando alguien viene a pedirte ayuda para poder comer, o cuando la vecina no tiene dinero para pagar el alquiler».



«Al menos antes te enseñaban que la vida está hecha también de otra cosa, que hay unos valores, fruto de una historia, la griega y la cristiana...». De acuerdo, pero ¿y si te el faltase el pan? ¿Pueden ser suficiente los valores? «Debes aferrarte a algo. Como cuando debo decirle a alguien de cuarenta años que tiene un tumor, que le queda poco tiempo de vida». ¿Y cómo haces? «Es duro. Sólo Dios puede sostenerlo. Hay personas que tienen relaciones que las sostienen. Y que quizá viven una situación así sin desesperación. Después escarbas un poco y descubres que son cristianos. Los reconoces enseñada. Encontrarlos es como un milagro que sucede. Pero enseguida me vuelven las dudas, vuelve prepotente la dificultad de la realidad».

«Le he dicho que tenía que buscar ayuda. Le he hablado de los niños... Por primera vez me ha mirado sin pegarme, se ha puesto a llorar. Y me ha besado»

Una realidad hecha de mucho trabajo, de facturas que pagar. De otra deuda contraída por invertir los ahorros, por evitar que la crisis se los coma: una pequeña casa en la costa. Han pasado allí el verano. Y allí han conocido a Alexandros, un chaval de 13 años, un poco retrasado. «El hijo de los que nos vendieron la casa. Todos le trataban mal, porque es un poco turbulento. Desde el principio empezó a venir a nuestra casa, y les pedí a mis hijos que jugaran con él. Lo invitaba también a comer. Y él estaba feliz». Nunca nadie lo había tratado así. También su madre, Eleni, se dio cuenta. Hace pocos días Eleni llama por teléfono: «¿Podemos ir a veros? Para recargar las pilas».

«Puedes ayudarlo por piedad», dice Nicola: «Pero después empiezas a descu-

brir que también él está hecho para ser feliz». Como el enfermo de cáncer. Nicola se calla unos momentos. «Sí. Ninguna circunstancia es objeción para la felicidad. Se puede vivir todo de un modo nuevo, diferente. Porque el Misterio está».

Es una lucha sin cuartel, que revive en cada encuentro cotidiano, dice Rosaria. Pero inexorable: «Cómo me gustaría que el corazón de quienes me encuentro pudiese reconocerlo y arder de amor por Él, que nunca se cansa de seguir llamando a mi puerta». Y no es sólo por decir. Ha sucedido con Vivi. Cinco hijos. Un marido en el paro, violento. Tras el enésimo episodio busca a Rosaria: «Nunca le había dicho que lo abandonara. Pero ese día... Uno que le ponía la mano encima, luego se encerraba en la habitación, con los dos niños más pequeños, y bebía toda la noche». Aquella noche Rosaria estaba preocupada, la llama. Pero está el marido y Vivi no puede hablar. Rosaria no duerme, reza toda la noche. Al día siguiente, la puerta que se abre. Vivi está maquillada, elegante. «Parecía volar, de lo feliz que estaba». Había hablado con su marido: «No sé que sucede estando contigo», le dice Vivi: «Después de que me llamas, he ido a hablar con él. Le he dicho que tenía que buscar ayuda. Que los niños necesitaban dormir conmigo. Por primera vez me ha mirado sin pegarme y se ha puesto a llorar. Y me ha besado».

«De vez en cuando alguien me dice que soy una idealista», dice Rosaria: «La objeción es: ¿qué tiene que ver Cristo con la compra, el alquiler, las facturas? Pero “¿qué es para mí lo más querido en la vida”? Me sorprendí diciendo que “sólo si me faltaras Tú, Dios mío, me sentiría criatura finita”». **H**

